

ENSEÑAR LITERATURA: PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, PROFESOR DE LITERATURA EN ARGENTINA

*TEACHING LITERATURE: PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA,
PROFESSOR OF LITERATURE IN ARGENTINA*

Martín Sozzi
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional Arturo Jauretche
Universidad Nacional de Hurlingham
martin_sozzi@hotmail.com

∞ RESUMEN

∞ PALABRAS CLAVE

Pedro Henríquez Ureña
Literatura latinoamericana
Canon literario
Enseñanza de la literatura

La obra del dominicano Pedro Henríquez Ureña fue estudiada profusamente por la crítica desde diferentes perspectivas. Sin embargo, su faceta docente, su rol como profesor de literatura, constituye un espacio casi olvidado. Henríquez Ureña se desempeñó como profesor en la Argentina –con algunos intervalos– entre 1924 y 1946. Diferentes testimonios –de alumnos que luego se transformaron en destacados intelectuales– presentan esa labor que ocupa buena parte de sus ocupaciones profesionales. La hipótesis del artículo es que ese trabajo concreto, acompañado de una reflexión sobre la enseñanza, permite a Henríquez Ureña pensar el diseño de un canon latinoamericano que va a incorporar, en un comienzo tímidamente, en las escuelas tanto de nivel primario como de nivel secundario, y que esas preocupaciones complementan las que aparecen en diferentes sectores de su obra: las que presentó en sus ensayos de los años 20 y que concretó, luego, bajo el signo de la historia de la literatura, en los años 40.

∞ ABSTRACT

∞ KEYWORDS

Pedro Henríquez Ureña
Latin American literature
Literary canon
Teaching literature

The work of the Dominican Pedro Henríquez Ureña has been profusely studied by critics from different perspectives. However, his teaching role, his role as a professor of Literature, has been long forgotten. Henríquez Ureña worked as a professor in Argentina –with some intervals– between 1924 and 1946. Different testimonies –of students who later became distinguished intellectuals– present his teaching activities that occupy a large part of their professional occupations. The hypothesis of the article is that this specific work, accompanied by a reflection on education, allows Henríquez Ureña to think about the design of a Latin American canon that he will incorporate, initially timidly, in the primary and secondary schools, and that those concerns complement others which appear in different areas of his work. These ideas were presented at first in his essays of the 1920s and then materialized under the sign of the history of literature, in the 40s.



Recibido: 25/07/2018
 Aceptado: 04/10/2018

Enrique [...] se preservaba de una imagen terrible: no de la imagen sintetizada en el *profesor*, aquel que por odio secreto a la literatura termina por asesinarla con todo su amor, sino en el que llamaba *profesoruco*, el enamorado de los ordenamientos convencionales de la pedagogía, el creyente desvalido en todos los sistemas establecidos, el pacificador que solo está en paz cuando reproduce los cretinismos enceguedores de la jerarquía.

Jorge Panesi, “Enrique Pezzoni: profesor de literatura”¹

Un cierto halo romántico recubre, todavía, a la figura del profesor de literatura. Diversas series televisivas, películas varias, se encargaron de organizar un haz de rasgos que no afectan a los enseñantes de otras disciplinas, pero que parecen reunirse con facilidad en quienes encarnan la tarea de dictar literatura o materias humanísticas. Las malas ficciones televisivas congelaron a esos personajes con rasgos que los alejan del estudio y el trabajo académico para anclarlos en un imaginario vinculado con la espontaneidad, la sensibilidad, una tosca idea de libertad, el goce un poco ingenuo, la incorrección política, la actitud “canchera” en el peor sentido, y que asocia la inteligencia casi exclusivamente con el uso de la ironía, como si en esa figura de pensamiento se concentrara la única manifestación posible de la agudeza de un sujeto. Recorro al azar y sin ninguna avidez de ser exhaustivo algunas telenovelas que recuerdo. Yendo unos años hacia atrás, los personajes encarnados por Gerardo Romano en *Socorro, 5to año*, o el de Oscar Martínez en *De poeta y de loco*. Bastante más acá, y Netflix mediante, a la figura del catalán Merlí: un profesor que discurre libremente y con poco rigor sobre las principales figuras de la historia de la filosofía, pero a quien nunca se ve preparando una clase, estudiando o escribiendo. Tampoco corrigiendo, señalando errores, sugiriendo lecturas, instando a la revisión de alguna idea. Las secuencias que marcan su ingreso a la escuela secundaria en la que enseña lo muestran despojado de cualquier carga: como si el uso de un portafolios o un bolso en los que transportar libros o exámenes pudiera interrumpir el saber espontáneo que acarrea y hacerlo caer en un academicismo insoportable.

Seguramente no haya nada más alejado de esa construcción anquilosada y falsa que la figura de profesor encarnada por Pedro Henríquez Ureña. Su figura pública aparece vinculada de modo recurrente con la del gran maestro. Muchos de sus discípulos, de sus colegas, de sus familiares se encargaron de resaltar esa faceta del dominicano. Su hermano Max se refiere a él como “hermano y maestro”; Rafael Alberto Arrieta destaca “su necesidad socrática de continuar el diálogo con los alumnos predilectos, después de clase” (1956: 91). Alfredo Roggiano lo llama “el gran maestro de la cultura hispanoamericana” (1998: 756); Ezequiel Martínez Estrada lo caracteriza como “hombre

¹ Texto originalmente leído en las Jornadas de Literatura Latinoamericana organizadas en noviembre de 1989 por el Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Reproducido luego en *Críticas* (2000).

estudioso y laborioso”, que “enseñó a los alumnos a trabajar a conciencia, pensando y razonando, sin conceder a la memoria otro papel que el de cimentar los conocimientos” para concluir: “Henríquez Ureña fue un buen maestro porque era un buen estudiante” (1998: 785). Y Ernesto Sábato, finalmente, lo recuerda “con un portafolio cargado de deberes de chicos insignificantes – entre los que se encontraba el propio niño Sábato–, deberes que venían corregidos con minuciosa paciencia y con invariable honestidad, en largas horas nocturnas que aquel maestro quitaba a los trabajos de creación humanística” (1967: 9).

Esta idea de Sábato ahonda en una cuestión crucial: la del intelectual tensionado por diversas ocupaciones; la del escritor escindido entre tareas que lo alejan de su camino principal, pero con las que debe cumplir para poder subsistir económicamente. El periodismo, que constituyó el primer espacio de profesionalización junto con los puestos en la administración del Estado, fue abriendo las puertas a otras actividades: la docencia, el trabajo editorial en sus diversas facetas. Podríamos pensar, en principio, que la labor docente de Henríquez Ureña lo desvía de sus ocupaciones principales: centralmente, de la producción de su obra. El tiempo destinado a la preparación y el dictado de clases, la asistencia a las mesas examinadoras, los viajes a La Plata para cumplir con sus cátedras constituyen elementos que podrían atentar contra el que debería ser el principal objetivo de Henríquez Ureña, al menos desde la concepción de Sábato: el estudio, la escritura. La vida de Henríquez Ureña se ve tensada por sus múltiples ocupaciones que lo llevan a dilapidar el tiempo de la creación. Al referirse a las tareas de enseñanza que realizaba el dominicano, nuevamente Sábato presentó sus reparos: “¿Por qué pierde tiempo en eso?, le dije alguna vez, apenado al ver cómo pasaban sus años en tareas inferiores. Me miró con suave sonrisa, y su reconversión llegó con pausada y levisima ironía: ‘Porque entre ellos puede haber un futuro escritor’” (1967: 10).

“Perder tiempo”. Desde la perspectiva del escritor argentino, entonces, la actividad docente en Henríquez Ureña es una labor inferior que lo único que permite es quitar ese tiempo precioso y limitado a otras ocupaciones, las de real valor. La respuesta, no obstante, es contundente: el dominicano revaloriza la profesión en busca de salvaguardar a aquellos estudiantes que emprendan el camino de las letras. Y porque además –postulamos– esa labor constituye una parte nada desdeñable de su programa intelectual. Quizás ambas posiciones respecto de la tarea docente no sean del todo excluyentes ya que –como señala George Steiner– la función de profesor “abarca todos los matices imaginables, desde una vida rutinaria y desencantada, hasta un elevado sentido de la vocación” (2004: 11), matices que –seguramente– convivieron en la labor pedagógica del dominicano.

La práctica docente

El trabajo como profesor de Henríquez Ureña comienza, en la Argentina, hacia mediados de 1924. Emigrado de México por sus desavenencias con José Vasconcelos, logra ubicarse a través de la intervención de Arrieta en el Colegio Nacional de La Plata, cuyos planes de estudio se encontraban en un proceso de revisión. A raíz de ello y de los movimientos que concluyeron en la reforma de los programas, le fueron ofrecidas tres cátedras de lengua castellana que le permitieron paliar la difícil situación económica con la que llegaba y comenzar una nueva vida lejos de las angustias que había sufrido hacia el final de su estadía en México. Esas tres cátedras se irían multiplicando. En

1930, en un fragmento de la correspondencia que intercambia con Alfonso Reyes, Henríquez Ureña se lamenta del que parece un trabajo abrumador:

Trabajo mucho. Tengo mis tres cátedras (15 horas semanales) en el Colegio de La Plata, dos semicátedras (Literatura argentina y americana y Literatura inglesa), en el Instituto del Profesorado de Buenos Aires, (6 horas), el trabajo del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (soy secretario) y el trabajo de una nueva cátedra (6 horas) de Filología castellana en la Universidad de La Plata (1983: T.III, 388-389).

La sobreocupación debido a la proliferación de las clases, no le impide, sin embargo, desarrollar otras tareas: “Estoy hecho una máquina de dictar conferencias” (1983: T.III, 322) se lamentaría en otra carta de 1926 dirigida también al mexicano.

Esta idea maquinal del trabajo representa todo lo contrario del esfuerzo intelectual, esto es, de un trabajo que no debería tener el ritmo reiterativo y constante de la máquina, sino un ritmo propio con aceleraciones y pausas, celeridades y demoras. De allí, su mayor anhelo: “He llegado a encontrar mi ideal de vida: una vida como la de don Ramón Menéndez Pidal, como la de Rodó. Pero por ahora no desespero porque si bien quiero llegar a la ‘vida retirada’, para llegar necesito moverme y no lo hago. No sé cuándo me darán los dioses la tranquilidad” (1983: T.III, 296).

En 1930, en una de sus tantas conferencias en la Universidad de La Plata, esta vez para un auditorio constituido mayoritariamente por maestros, presenta “Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común”. Pese a su inexperiencia en el dictado de clases en ese nivel del sistema educativo, encara el desafío. ¿Qué es lo que plantea Henríquez Ureña en ese lugar? Por un lado, presenta la necesidad de contar con maestros y profesores formados que sepan distinguir entre la literatura genuina y la falsa. El trabajo de preparación de quienes están frente a un curso les debe permitir, a través del “buen gusto” y el “discernimiento claro”, seleccionar entre las mejores obras, es decir, entre aquellas que, en tanto literatura genuina, “tienen sabor de primicia”, y “orientar el gusto del alumno hacia las mejores obras del espíritu humano”. El buen profesor, el buen maestro, entonces, es aquel que puede reconocer e incluir en sus programas de estudio las grandes obras literarias. Y Henríquez Ureña sugiere algunos textos para la escuela primaria: *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez; *Los pueblos*, de Azorín; los *Motivos de Proteo*, de Rodó; *Recuerdos de provincia*, de Sarmiento; *Juvenilia*, de Miguel Cané; *La Edad de Oro*, de José Martí. Gustavo Bombini (2004) señala que en el diseño de programas y en las selecciones de obras que el dominicano realiza en estos años se encuentra ya en germen la labor que realizaría en la transformación de los diseños curriculares de 1935, conocida como Reforma Mantovani. Esa reforma en los planes de estudio apunta a la formación de un público lector entre los estudiantes. Los profesores, estudiantes perpetuos desde la perspectiva de Henríquez Ureña, deben formar su propio gusto para, a la vez, constituirse en conformadores del gusto literario de sus alumnos.

En el Programa de Literatura Argentina y Americana que presenta en 1925 para ser dictado en el Instituto Nacional del Profesorado –programa recuperado por Barcia– ya se perciben las tendencias que luego plasmaría en las *Corrientes literarias en la América hispánica* en los años 40 y el diseño de la Biblioteca Americana que organizaría (y no vería plasmada) hacia finales de su vida. Vale decir que puede trazarse un recorrido común que reúne de algún modo la labor docente, la de ensayista y la de editor, algo que ya había sido anticipado por Liliana Weinberg (2015), pero sin considerar la importancia del espacio de la práctica docente en este recorrido.

Es seguro que Pedro Henríquez Ureña habría deseado trabajar menos y quizá hubiera renunciado a sus cargos de profesor. Sin embargo, atribuye un lugar central a esa tarea y a la formación de un cuerpo docente que tenga la capacidad de seleccionar las “grandes obras”. Esa actividad forma parte de un gesto y una preocupación: preparar un público lector que pudiera acceder a través de la frecuentación de ciertas obras —como señala Liliana Weinberg— a “la constitución real y simbólica de comunidades integradas” (2015: 25); es decir, a la conformación de un *corpus* de lecturas que colaboren en la realización de la “utopía de América”.

También en el *Epistolario* que mantiene con Alfonso Reyes el dominicano presenta las obras que incluyó en el programa de estudios de Castellano de tercer año. Junto a clásicos españoles —Cervantes, Baroja, Lope— aparecen obras de muy reciente publicación, entre ellas una del propio Reyes. Le dice al mexicano en 1925: “Puedo comunicarte que has pasado a la categoría de clásico de las escuelas: figuras entre los autores que deben leer los chicos en sus cursos de Castellano. Claro está que yo te hice incluir” (1983: T. III, 276).

Podría pensarse exclusivamente en un gesto personal, un guiño de amigo; en una razón nublada por el cariño y la cercanía que ambos mantenían. No obstante, en ese listado aparecen otros escritores que están publicando su obra en ese momento o pocos años antes: *Los caranchos de la Florida*, de Benito Lynch, por ejemplo, incluida en el programa, se había editado en 1916; *Raza de bronce*, de Alcides Arguedas, en 1919. Es decir, Henríquez Ureña ya está aplicando algunos de los postulados que sistematizará en la conferencia de 1930. Su estrategia apunta a realizar una revisión del canon escolar, o mejor, una problematización y casi una disolución de ese canon: las diferencias entre canon escolar y canon extraescolar, o canon sin más, dejan de ser tangibles. Lo que también puede percibirse aquí y en lo que venimos señalando es lo que Henríquez Ureña considera como una de sus tareas fundamentales y que venía esbozando también por esos años, concretamente en su “Caminos de nuestra historia literaria” de 1925. En ese texto, el dominicano señala la necesidad de incorporar “tablas de valores” que permitan establecer jerarquías, “nombres centrales y libros de lectura indispensable” (1989: 46). “La historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó” (1989: 47). Esa tarea es la que le corresponde al intelectual latinoamericano. La literatura de la América hispánica, una construcción en buena medida foránea hasta ese momento, es un proceso de síntesis que, a diferencia de lo que el dominicano señalaba en la labor señera pero inabarcable e interminable de Marcelino Menéndez Pelayo, requiere de un proceso de selección que solamente el intelectual, el erudito, el profesor, puede realizar.

Algunos de sus colegas recuerdan y relatan escenas en que se produce el encuentro de dos de esos universos varios —la docencia, la edición— que, bien calibrados, constituyen manifestaciones de una única obsesión: la educación de las masas populares, la conformación y divulgación de la cultura y la literatura latinoamericanas. “Recuerdo haberle visto aprovechar minutos, entre dos turnos de exámenes, para revisar las galeradas húmedas”, señala Arrieta (1956: 96). Y Martínez Estrada: “Además de corregir tal mole de material bruto de lectura —la escolar—, lectura tipográfica de ortografía y sintaxis, llevaba habitualmente pruebas de página de algún libro que se editara bajo su dirección” (1998: 786).

Retorno, ahora, al epígrafe inicial porque creo que las ideas que Jorge Panesi atribuye a la figura de Enrique Pezzoni encierran de forma precisa las concepciones de Pedro Henríquez Ureña sobre la literatura y sobre el rol del profesor. A diferencia del *profesoruco* de Pezzoni, que acepta pasivamente las jerarquías establecidas, que cree ciegamente en los legados y en los saberes

instituidos, a lo largo de gran parte de su obra el dominicano quiebra ese orden, desarma la organización tranquilizadora de las historias literarias previas, reorganiza el canon y rediseña la historia de la literatura latinoamericana. Las diferentes facetas de Henríquez Ureña –el antólogo, el historiador, el prologuista, el conferencista, el organizador de colecciones, el profesor–, esas diferentes caras de un poliedro, esas manifestaciones, presentan –oculto, pero perceptible– un núcleo que engloba y supera todas esas otras expresiones momentáneas y accidentales. Sus tareas se diversifican, pero tal diversificación –que lo atormentaría a lo largo de su vida– paradójicamente permite mostrar el pensamiento confluyente del dominicano. En sordina, por detrás de todas esas manifestaciones, entonces, lo que prima es la necesidad de desarrollar un magisterio: de formar a las masas, de educar en las escuelas, de trazar caminos, de organizar una literatura. Quizá no estaría tan mal decir que lo que prima en Henríquez Ureña es esa tarea unificadora. Y lo que prima, como inescindible substrato, es la figura del Profesor y la de recuperar y enseñar lo que a su criterio constituye lo más selecto de la cultura latinoamericana.

MARTÍN SOZZI es Profesor y Licenciado en Letras (UBA), Especialista en lectura, escritura y educación (FLACSO) y doctorando del programa de doctorado en Teoría Comparada de las Artes (UNTREF). Dicta clases en la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Hurlingham y talleres de lectura y escritura en la Universidad Nacional Arturo Jauretche. Fue profesor de Literatura Latinoamericana I en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de General Sarmiento. Desarrolla proyectos de investigación vinculados, fundamentalmente, con la historiografía literaria latinoamericana y, en particular, con la figura de Pedro Henríquez Ureña, temas sobre los que presentó comunicaciones en diversas reuniones académicas y sobre los que publicó artículos en libros y revistas especializadas. Junto a Carlos Battilana editó *Genealogías literarias y operaciones críticas en América Latina* (2015).

Bibliografía

- ARRIETA, Rafael Alberto. 1956. “Pedro Henríquez Ureña, profesor en Argentina”. *Revista Iberoamericana*. Vol. XXI, N° 41-2, 85-98.
- BARCIA, Pedro Luis. 1994. *Pedro Henríquez Ureña y la Argentina*. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.
- BOMBINI, Gustavo. 2004. *Los arrabales de la literatura. La historia de la enseñanza literaria en la escuela argentina (1860-1960)*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y Miño y Dávila.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. 1989. “Caminos de nuestra historia literaria”. En *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp.45-56.
- _____. 1967. “Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común”. En *Pedro Henríquez Ureña*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, pp.152-63.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro; REYES, Alfonso. 1983. *Epistolario íntimo (1906-1946)*. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel. 1998. “Pedro Henríquez Ureña. Evocación iconomántica estrictamente personal”. En Pedro Henríquez Ureña. *Ensayos*. Ed. crítica de José Luis Abellán y Ana María Barrenechea. México: ALLCA XX, pp.782-98.
- PANESI, Jorge. 2000. “Enrique Pezzoni: profesor de literatura”. En *Críticas*. Buenos Aires: Norma, pp. 255-62.
- ROGGIANO, Alfredo. 1998. “Pedro Henríquez Ureña o el pensamiento integrador”. En Pedro Henríquez Ureña. *Ensayos*. Ed. crítica de José Luis Abellán y Ana María Barrenechea. México: ALLCA XX, pp.755-771.
- SÁBATO, Ernesto. 1967. “Prólogo”. En *Pedro Henríquez Ureña*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- STEINER, George. 2004. *Lecciones de los maestros*. México: Fondo de Cultura Económica y Ediciones Siruela.
- WEINBERG, Liliana. 2015. *Seis ensayos en busca de Pedro Henríquez Ureña*. Santo Domingo: Ministerio de Cultura.